

EL PACTO SECRETO



## EL PACTO SECRETO

### DIÁLOGO PRIMERO

DE MADRID Á ÁVILA.



UÉ confusión! La estación, llamémosla así, del camino de hierro del Norte, que se tiende á los pies de la Montaña del Príncipe Pío, se halla invadida por una avalancha inquieta de impacientes viajeros, formando un doble cordón delante de un tren que, semejante á una serpiente monstruosa, se dispone á lanzarse, silbando como una flecha, por las inflexibles paralelas de la vía.

Es el momento crítico ó supremo de las despedidas, de los abrazos, de los apretones de manos, de los besos, de los encargos, de las recomendaciones y de las lágrimas.

—Adiós.

—Hasta la vuelta.

—Que escribas.

—En Biarritz nos veremos.

- Cuidado con el cabás.  
 —Otro beso, Emilia.  
 —Julia, que no dejes de ver á nuestra madrina.  
 —Félix, que cuiden mis tiestos.  
 —Nos veremos en Deva.  
 —¡Oh, qué calor!  
 —No pienso salir de Saturrarán.  
 —Buen viaje, señores; buen viaje.

Estos diálogos se repiten á la puerta de los diferentes coches que forman en prolongada sucesión los anillos del monstruo que va á partir. La campana da el segundo aviso, y el tren, por sus cien bocas, empieza á engullir gente.

Los que se van, entran apresuradamente en sus respectivos departamentos, y los que se quedan, permanecen delante de la línea de los coches. Entonces se cruzan las últimas palabras, se hacen los últimos encargos, se dan las últimas citas.

Suena el tercer aviso, y la máquina silba con voz espantosa; un estremecimiento repentino circula por el tren, corriendo de departamento en departamento, de vagón en vagón, de coche en coche, y el convoy se pone en movimiento. Al través de las ventanas se ven ojos que lloran, bocas que sonríen, manos que se agitan, abanicos que saludan y pañuelos que se despiden.

Rechinan las ruedas sobre los rails, tiembla el pavimento, y el tren se escapa como una bocanada de humo.

No he conseguido nunca averiguar qué es más

triste, si irse ó quedarse. Por lo común, la separación consiste en uno que se va y otro que se queda, y, en igualdad de circunstancias, no sé cuál de los dos es el que siente más la ausencia, porque sería un caso de terrible perplejidad encontrarse en la necesidad de elegir entre irse ó quedarse. Hay una separación que, al fin y al cabo, todos experimentamos, separación más ó menos larga, ausencia tristísima cuyo término nos es desconocido, y de la que sabemos fácilmente consolarnos.... ¡Ah!....: el luto más largo dura un año.

Claro está que hablo de la muerte. Pues bien: á pesar de que nadie quiere morir; á pesar de que la muerte se considera como la suprema desgracia; á pesar de que el mundo exclama: «¡Infeliz del que muere!», sería muy difícil averiguar si es más dichoso el que se va ó el que se queda. Por de pronto, observaremos que en este caso forzoso de ausencia, los que se quedan suelen llorar algunas veces; los que se van no lloran nunca.

Mas sea de esto lo que quiera, volvamos á nuestro asunto. En el tren que hemos visto partir va un departamento de primera clase, señalado con un tarjetón que dice:

## RESERVADO DE SEÑORAS.

En él se encuentran dos jóvenes, según la frescura de los semblantes, medianamente bellas é igualmente tristes. Ambas parecen dominadas por

pensamientos poco risueños. Sin embargo, por profunda que sea la tristeza de una mujer, siempre tiene una mirada curiosa con que recoger los detalles y los pormenores más minuciosos del vestido ó de los adornos de otra mujer cualquiera que casualmente se le pone delante. Ambas, pues, se vieron, é inmediatamente se miraron, examinándose rápidamente. El semblante de una de ellas mostró admiración: el de la otra dejó ver una sombra de desdén. Este distinto efecto que mutuamente se causaron, consiste en que la primera iba vestida con suma sencillez, mientras la segunda ostentaba toda la pompa de un gran boato.

Encontráronse los ojos de la una y de la otra, y por algunos instantes permanecieron contemplándose. Al fin ambas prorrumpieron á un tiempo:

—¡Oh!....

—¡Inés!— dijo la primera.

—¡Dios mío!.... (exclamó la otra.) ¿Eres tú, Rosalía?

—La misma,— contestó Rosalía, poniéndose encarnada como una amapola.

—¡Quién había de conocerte! Estás hecha una mujerona.

—Hace mucho tiempo que nos separamos; entonces éramos unas niñas, y ya somos unas mujeres hechas y derechas; pero, mira tú, yo al instante te he conocido.

—Es un feliz encuentro (dijo Inés). Así el viaje será menos fastidioso. ¿Adónde vas?

—Yo (contestó Rosalía) voy á Zumaya.

—¡Á Zumaya!

—Sí.

—¡Pero, hija mía, si á Zumaya no va nadie!

—Por eso voy yo: el mar es en Zumaya el mismo que en San Sebastián, y, sin embargo, es más barato.

—Eso sí, mucho más barato.

—Ya ves: es preciso que esta niña tome algunos baños de mar, y he tenido que emprender este viaje.

Hablando así, acariciaba el rostro de una niña de cuatro años que iba sentada junto á ella.

—¿Es tu hija?—preguntó Inés.

—Mi hija,—contestó Rosalía con cierto orgullo.

—Pues yo voy á Biarritz: es un viaje de puro recreo. Ya ves: en Madrid es el verano insoportable, y en Biarritz se pasa muy bien; allí acude la buena sociedad. Quiere decir que iremos juntas hasta Zumárraga. Y dime, ¿vas sola?

—Sola,—contestó Rosalía suspirando.

Inés suspiró también, y ambas guardaron silencio, que al fin rompió Rosalía, diciendo:

—¿Tú vives siempre en Madrid?

—¡Oh, siempre! Y tú, ¿de dónde sales?

—Yo.... del pueblo.

—¿Te casaste al fin con el hijo del boticario?

—No; me casé con el hijo del escribano.

—¿Con aquel muchacho tan travieso que nos cogía los nidos en el huerto de mi tío?

—Con ese.

—¿Ha hecho fortuna?

—Lo pasamos bien: tenemos una poca hacienda, y además es abogado, y goza por allí de mucha fama.

—Era muy listo.

—Sí; pero....

—Pero ¿qué?

—Es diputado.

—¿Y eso te aflige?... Ya ves: ¡ser padre de la patria!

—Yo preferiría que se contentara con ser padre de sus hijos. Desde que está metido en esa danza, no piensa en nada, como si no tuviera tal mujer ni tal hija; no hay quien lo saque de Madrid. Siempre con la cabeza á pájaros. Y, mira tú, ¡me deja ir sola á Zumaya!

—¡Qué dichosa eres!—exclamó Rosalía.

—¡Dichosa!....

—Sí.

—¡Ah! Pues es una dicha que me cuesta muchas lágrimas.

Ambas volvieron á quedar silenciosas y pensativas. Sin duda no acertaban á explicarse sus diversas maneras de ver el caso. Rosalía fué la primera que reanudó la conversación, diciendo:

—Ya sé que tú hiciste un gran casamiento.

—Sin duda (contestó Inés): me casé con un hombre rico.

—¡Ah!.... ¿Serás dichosa?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no es posible.

—¿Tu marido es jugador?

—¡Ojalá!

—¿Es?...

—Tampoco.

—¿No te quiere?...

—Sí; me quiere, hasta el punto de serme insoportable.

—¡Ya! ¿Es celoso?

—No sé.

—Mas si es celoso, ¿cómo te deja viajar sola?

—¡Sola!.... (exclamó Inés.) No lo creas; esa felicidad es la que yo te envidio. Mi marido me sigue á todas partes como la sombra al cuerpo, y viene ahí, en el departamento inmediato.

—¿Cómo no vais juntos?—preguntó Rosalía.

—¡Juntos! (contestó Inés.) No: yo he preferido el *reservado de señoras*, porque aquí no puede entrar, y de ese modo, á lo menos durante el viaje, me libro de su presencia.

—¡Dios mío! ¡Lo aborrezco!

—En honor de la verdad, no lo aborrezco, y me sería de todo punto indiferente, si no me inspirara un fastidio indecible.

—Pero ¿no te casaste á tu gusto?

—Sí. Figúrate qué mujer no se casa á gusto con un hombre rico.

—Según las noticias que corrieron por el pue-

blo, tu boda fué muy celebrada por toda tu familia.

—¡ Oh ! Mucho.... Mi familia está loca de contento.

Dejó ver en su fisonomía una expresión de terrible desdén, y añadió :

—¡ Qué mundo.... , qué mundo este !

—¡ Bah ! (exclamó Rosalía, dándose una palmas en la frente.) Ya te comprendo. Tu disgusto no es más que impaciencia, una impaciencia bien natural. Te fastidias...., ¡ ya se ve, sin duda alguna !...., porque te falta esto...., esto que nos llena de felicidades y de inquietudes.

Hablando así, acariciaba con maternal orgullo las pálidas mejillas de su hija, que con toda la tranquilidad de su inocencia se había dormido en el regazo de su madre.

—Sí (añadió vivamente Inés) : ahí tienes otra cosa que te envidio. Un hijo sería mi felicidad.

—Pues serás dichosa (añadió Rosalía, sonriéndose), porque no es ninguna obra de romanos.

—¡ Rosalía ! (exclamó Inés, mirando fijamente á su amiga.) Me espanta la idea de ser madre.

Abrió Rosalía sus grandes ojos, y apretó uno contra otro los frescos labios de su pequeña boca, asombrada de lo que acababa de oír ; movió lentamente la cabeza, y dijo :

—¡ Vamos ; yo no te entiendo !

—No me entiendes, y, sin embargo, no es por eso menos cierto lo que te digo. Soy tan feliz (aña-

dió con amarga sonrisa), que no debo desear la ventura de ser madre.

—¿ Por qué ? —preguntó Rosalía.

—Porque mi hijo sería muy desgraciado.

—¿ Estás segura de ello ?

—Sí...., casi segura ; y para evitar esta terrible contingencia, me sería preciso someterme á una vergonzosa desgracia. Es una terrible alternativa que me desespera. Yo me resignaría á ser desgraciada todo el tiempo que me queda de vida, con tal de que mi hijo fuera dichoso ; pues ya sabes que nos es lícito sacrificar la dicha, pero la virtud no podemos sacrificarla.

Rosalía alzó la cabeza, que había reclinado sobre los almohadones del coche, y mirando atentamente á su amiga con la atención del que examina un jeroglífico ininteligible, le dijo :

—Siempre has pasado por mujer de talento ; en nuestro pueblo eras admirada por tu juicio, y el señor cura te citaba como modelo ; pero hablas de un modo que es para mí incomprendible. Tus palabras me parecen tan oscuras y tus pensamientos tan extraños, que no acierto á entender lo que quieres decirme.

—No me sorprende. Hay desgracias que se ignoran hasta que se experimentan, y si no se experimentan nunca, nunca se conocen. Antes de casarme, no imaginé siquiera que pudiera sucederme lo que me pasa ; y ahora, si descubriera mi alma al vulgo de las gentes, me tendría por loca.

Tú misma me oyes con asombro, y empiezas á sospechar si habré perdido el juicio.

—Verdaderamente no sé qué pensar. Te has casado á tu gusto, tu marido es rico, te quiere, vives en la opulencia, te sonrío la fortuna, y, sin embargo, eres desgraciada.... Dices que un hijo llenaría tu alma de felicidad, y no deseas tenerlo. Francamente, todo esto es incomprensible. Expíciate, si quieres que te entienda.

—Sería inútil que te lo explicara; para que lo comprendas, es preciso que lo adivines. Consulta con tu perspicacia; pregúntale á tu corazón de mujer y de madre, y acaso caigas en la cuenta.

—No sé, — replicó Rosalía, frunciendo ligeramente la boca con ademán de duda.

—Piensa en ello.

—Cuanto más pienso, me parece el caso más incomprensible. ¿Padeces alguna enfermedad?....

—No (se apresuró á contestar Inés); mi salud es completa.

—¡Ah! (exclamó Rosalía.) Tal vez....; pero no, es imposible; sería una triste cosa....; no puedo creerlo.

—Veamos qué es lo que te ha ocurrido.

—Nada.

—Pregúntame.

—Mi pregunta te ofendería.

—No importa....: hazla.

—Será inútil.

—¿Por qué?....

—Porque tú nunca has sido loca.

—Es verdad; pero....

—Pero ¿qué?....

—¿Quién sabe?....

—¡Oh! ¿Estarás enamorada?....

—Aún no.

—¿Aún no, dices?....

—Justo; hasta ahora he podido defenderme.

—Eso es muy grave, — añadió Rosalía, bajando los ojos con aire pensativo.

—Muy grave (repitió Inés). Pero el peligro es cada vez más inminente.... Estoy indefensa.

Las dos amigas guardaron silencio. Había llegado la conversación á un punto crítico que ninguna de las dos se atrevía á pasar, y ambas permanecieron mucho tiempo sumergidas en profundas reflexiones.

Ya era de día cuando el prolongado silbido de la máquina anunció que el tren se acercaba á una nueva estación. Poco á poco fué disminuyendo el ímpetu de la carrera, y últimamente el tren se detuvo. En el mismo instante una voz gritó, diciendo:

—«¡Ávila; quince minutos; hay fonda!»

Las dos amigas se incorporaron sobre sus asientos, bostezando casi á un tiempo, señal segura de que, si no habían dormido, por lo menos tenían sueño. Ambas vieron aparecer en una de las ventanas del departamento en que iban la cabeza de un hombre, que preguntó con afable acento:

—¿Qué tal, Inés? ¿Cómo vamos?

— Perfectamente,—contestó ésta.

Rosalía miró á su amiga con verdadero asombro.

Aquel hombre era indudablemente su marido, y á Rosalía le pareció un marido muy aceptable. ¿Cómo Inés no lo quería?

Esto pensaba, cuando otra sombra apareció en la ventana opuesta. Era una cara larga, huesuda, arrugada, que con acento gutural y desapacible, dijo:

—Inés....: hay fonda....: aquí hay buenos bizcochos: la leche es riquísima: ¿quieres chocolate?

—No,—contestó Inés secamente.

—Mira (replicó la cara larga, huesuda y arrugada) que no llegaremos á Vitoria hasta las tres de la tarde.

—Mejor (dijo Inés). No necesito nada. Vuélvete á tu departamento, porque la mañana está fresca, y tú no estás ya para esas gracias.

La cabeza de la ventana opuesta había desaparecido, y la voz que antes había anunciado la llegada á la estación se alzó de nuevo, gritando:

«¡Viajeros al tren!»

La segunda cabeza desapareció lenta y trabajosamente, comprendiéndose que pertenecía á un cuerpo entorpecido por los años.... El tren se puso en movimiento, y la máquina que lo arrastraba salió de la estación de Ávila como los toros del toril: bramando.

Inés se acomodó en su asiento, y dijo á Rosalía:

—Ese es mi marido.

—¿Ese viejo que acaba de marcharse?

—Ese (contestó Inés). ¿Me vas comprendiendo?

Bajó Rosalía los ojos, y no contestó nada. Poco después las dos amigas dormían frente á frente, reclinadas las cabezas sobre los ángulos del coche.

El tren volaba.

